

española tiene vida propia y grande, y puede esperar de sí misma cualquier aumento, en cuyo caso no se hallaba Italia, que ni vida propia tenía sino para llorar esclava.

Al quebrantar, no al romper, sus cadenas, Napoleón III empezó á demoler un edificio que se mantenía firme, y en cuyo centro, si aborrecido de muchos, se vivía con cierta seguridad, aunque lúgubre como la seguridad de una cárcel. No es, pues, de admirar que vacile ahora el resto del edificio, ni que haya quien quiera derribarle del todo para levantar otro nuevo sobre sus ruinas.

Esta obra de demolición y de reconstrucción en que Italia se halla empeñada ha hecho nacer cuestiones importantísimas. No vamos nosotros á buscarles una solución; pero si trataremos de explicarlas en el artículo siguiente, que será el último de este breve trabajo. Sólo repiteremos ahora que, sin negar la ambición del Piamonte, dentro de ciertos límites y hasta cierto punto la disculpamos. Ambición que se enlaza con los nobilísimos é inmortales sentimientos del amor á la libertad y del patriotismo, ambición que va acompañada del valor guerrero y político bastante á luchar por estos sentimientos con persistencia y energía, es innegable que adquiere una legitimidad más eficaz á veces y más valedera que otras de que mucho se habla y á que se apela frecuentemente. Esta legitimidad la concede á veces el recto juicio, que suele ser revolucionario á despecho de los tratados. A fin de que el Piamonte no la pierda, conviene, con todo, que rijá y gobierne su

ambición con el freno de la prudencia, sin dejarla correr desatentada tras de nuevas conquistas y sin adoptar por divisa aquellas palabras de un personaje de Eurípides, palabras que César tenía siempre en los labios: *bueno es ser justo; más para reinar es permitida la violación de la justicia*

### III.

Los portentosos adelantos de la industria, las grandes riquezas por ella creadas, el aumento de población consiguiente, la facilidad y prontitud de comunicaciones y la centralización y buen orden administrativos, conspirando tal vez á que en un porvenir cercano se realicen los ensueños de paz universal, dan por lo pronto á los modernos Estados de Europa un poder desmedido y á las guerras una violencia y unas proporciones horribles. Los medios de destrucción, hoy más eficaces que nunca, no sólo contribuyen á ello, sino que acaso no consienten que la ciencia militar, propiamente dicha, esto es, la estrategia, dé, como en otras edades, tan clara muestra de sí: porque si bien la artillería y los movimientos en grandes masas son de importancia suma, suelen á menudo decidir la contienda, siendo para algunos lo único que la decide, el mayor valor personal, el empuje y la destreza de los soldados, los cuales, igualándose en la excelencia y perfección de las armas, en la severidad

de la disciplina y aún en la instrucción especial de sus jefes facultativos, acaban por encomendar al propio brío la victoria, y riñen una serie de simultáneos y singulares combates. No es esto decir, con Courier, escritor ingenioso y que no era lego como nosotros, que no haya ciencia militar, sino que la inspiración vale más que la ciencia, y que valen más la resolución y energía con que un general se aventura que los cálculos y experiencia con que se apercibe. Hay quien asegura que los austriacos, observando todas las reglas de arte, ganaron infinitas veces, en simulacro, la batalla de Solferino, y sólo la perdieron cuando la pelea-ron de veras. Pero sometiendo estas dudas ó cavilaciones profanas al fallo de los autorizados y entendidos en el particular, todavía puede afirmarse que las guerras, aunque, por la mayor humanidad con que se hacen, son ménos de temer para los que no toman inmediatamente parte en ellas, causan, en el día más que en otras épocas, estragos y muertes entre los que pelean. Estos, por lo comun, eran en lo antiguo relativamente pocos, porque ni el país que enviaba un ejército solía contar con recursos para mantenerle tan numeroso como ahora, ni proporcionarlos el país invadido, ni por su pobreza indemnizar los gastos después del vencimiento. Hoy, por el contrario, los ejércitos son ó pueden ser numerosísimos como los de aquellos pueblos del Norte, que impulsados providencialmente por un misterioso estímulo, ó movidos del hambre y acosados por pueblos no ménos feroces, cayeron sobre el imperio romano. Hoy producen la civi-

lización, el refinamiento de las artes y los progresos de la economía política, lo que ántes la imprevisión y la barbarie; esto es, que un millon de hombres se encuentre, se combata y se destruya en un campo de batalla, lo cual, aunque se presta admirablemente á ello el ardor guerrero, no apagado, sino más vivo y poderoso que nunca con la varonil civilización de la moderna Europa, repugna á la creciente filantropía y á las ideas económicas que ahora privan y con las cuales se avienen mal las pérdidas de hombres y de dinero, gasto improductivo que ocasiona la guerra á vueltas de graves perturbaciones en el crédito y de no menor paralización en los cambios.

Sin duda Napoleon III pensó en todas estas cosas sobre el sangriento campo de batalla de Solferino. Sin duda su corazón se movió á piedad al ver tanta generosa sangre vertida. Sin duda recordó aquellas nobles y cristianas palabras que Luis XV dirigió en Fontenoy al general inglés prisionero: *¿No valdria más pensar seriamente en la paz que hacer morir á tanto valiente?* Asimismo, temió tal vez el Emperador de los franceses que la revolución en Italia fuese más allá de lo que le convenia y se disgustó de que ya hubiese ido algo más allá de los límites que él le habia puesto, al decir, *no vamos á Italia á fomentar desórdenes, ni á quebrantar el poder temporal del Padre Santo, á quien hemos vuelto á colocar sobre su trono.* Parecieron además al Emperador hartos subidos de precio para el rescate de Italia los ya hechos sacrificios, y los mayores que aún habria que hacer para apoderarse de casi inespugnable

fortalezas, y vencer, no solo al ejército que aún se hallaba delante, sino á 150,000 hombres que habia en los Estados de Venecia, y á otros 100,000 que se extendian desde Trieste á Viena, y que por los ferrocarriles podian inesperadamente acudir y entrar en batalla. Receló, por último, el Emperador que las otras potencias alemanas, alarmadas de sus triunfos, sospechosas de su ambición y recordando la amistad y lazo federal que al Austria las ligaba, tomasen al cabo parte con ella para sostenerla en la posesion de unas provincias que los tratados de 1815 le aseguraban. Así es que, atendiendo más á tan altas consideraciones que á la promesa de hacer libre á Italia desde los Alpes al Adriático, dijo Napoleon III en una proclama que *la lucha iba adquiriendo proporciones que no estaban en relacion con el interés de Francia en aquella guerra formidable*, y se decidió á tomar la iniciativa para celebrar la paz.

Los preliminares de Villafranca fueron el resultado de esta decision. En ellos se pactaron cosas imposibles ó al ménos en extremo difíciles y que no se han cumplido, como era de prever. Ambos Emperadores, sin embargo, estrecharon entre sí una amistad sincera y grande, aunque repentina, y se causaron mutuamente una impresion indeleble (ineffacable); pero los duques de Toscana y Módena no volvieron á sentarse en el trono (del de Parma no se habló en Villafranca, lo cual dió lugar á una protesta del gobierno español, que no surtió mejor efecto); y la Confederacion italiana, con una provincia austriaca incluida en ella, no llegó

á realizarse, ni el Padre Santo quiso ó pudo ser presidente honorario de Confederacion tan inaudita. La revolucion siguió, pues, su marcha, mientras que en Zurich se conferenciaba para la celebracion del tratado de paz. Allí se determinaron los límites entre las provincias italianas de Austria y las recién cedidas al Piamonte. Allí se exigió por Austria y se obtuvo del Piamonte, en virtud de esta cesion, que reconociese como suya la deuda lombarda de 150 millones de francos y parte de la deuda general austriaca, hasta la suma de otros 250 millones. Allí, empero, tampoco fué posible conseguir la reposicion de los archiduques, la Confederacion, las reformas liberales del Padre Santo y del Rey de Nápoles y los demás puntos convenidos y que ambos Emperadores habian juzgado conducentes á la pacificacion de Italia. A fin de que esta pacificacion se lograra, así como tambien con el concienzudo propósito de que fuesen aprobados los nuevos arreglos territoriales por las potencias que firmaron el acta final del Congreso de Viena, se pensó entónces en un nuevo Congreso, en el cual interviesen Austria, Francia, la Gran-Bretaña, Prusia, Rusia, Portugal, España y Suecia.

El Piamonte, á pesar de su acrecentamiento de poblacion y territorio, se hallaba entretanto, en una situacion difícilísima. Habia hecho gastos enormes y contraido deudas para sostener la guerra; celebrada ya la paz, pero insegura, debía seguir gastando en sostener un grande ejército: y esta misma paz traia á sus deudas un aumento de 400 millones de francos,

sin contar lo que además tendría que pagar al Austria por la adquisición de los ferro-carriles de Lombardia. El gobierno se sentía al mismo tiempo arrastrado por la revolución que no le era dable contener, y sobre todas estas dificultades venía al cabo á ponerse la que suscitó Francia, exigiendo la Saboya y el condado de Niza.

Hemos dicho que la anexión de la Saboya á Francia fué para el Piamonte un doloroso sacrificio, causa de las más acerbas censuras por parte de sus contrarios. La anexión de Niza lo fué más. Triste era para el Rey de Cerdeña dejar á Francia un estado que fué, durante muchos siglos, el asiento solariego de sus mayores; pero la cesión de Niza y de su territorio, que siempre han debido considerarse como tierra italiana, envolvía una contradicción patente cuando se trataba de que toda Italia fuese una y libre de dominio extranjero.

Dos cosas principalmente han ofuscado el principio justificador de la revolución y de la guerra, y han hecho que la guerra y la revolución sean condenadas con cierta apariencia de justicia. Es la primera que el Véneto y el temeroso cuadrilátero hayan quedado en poder del Austria, y la segunda, que guarde para sí Francia el condado de Niza; con lo cual, en vez de hacer á Italia libre, como se dijo, quedan, no ya una, sino dos naciones extrañas que dominan en parte de su territorio continental y que amenazan el resto.

Con la pérdida de la Saboya, pierde además el Piamonte sus mejores soldados; ahora que tanto se habla de fronteras naturales, se queda sin fronteras

naturales; y dá su propiedad legítima y fundada en larga prescripción y títulos reconocidos, por la precaria, intranquila y disputada posesión de otras tierras. El voto de los pueblos italianos, estamos persuadidos de que, por ahora al ménos, es de unirse al Piamonte; pero esto no se justifica y aclara con el sufragio universal, que cuenta innumerables incrédulos y que dista mucho de parecer infalible, aunque tal vez llegue á serlo dentro de tres ó cuatro siglos, cuando el estado social sea muy otro de lo que es ahora: esto se podrá aclarar y justificar por completo, el día en que Francia aparte de Italia su mano protectora, y el Austria vuelva á combatir con Italia solamente.

Para cuando llegue ese día, quizás no muy lejano, día inevitable, si las esperanzas de César Balbo no se cumplen con la disolución del imperio turco, el Piamonte debe prepararse; y ya internado en la senda que sigue, y escarmentado y receloso de alianzas itálicas, más que por ambición por una fatal necesidad, tiene que buscar ó que aceptar nuevas anexiones. Esto parece que sólo puede remediarse ó por medio del Congreso europeo, há tanto tiempo anunciado y no reunido, ó con una más enérgica mediación que la hasta hoy ejercida por Inglaterra, Francia y Rusia, cuyos consejos, si estuviesen en consonancia, podrían convertirse en mandato.

Por desgracia ó por fortuna de Italia, las naciones preponderantes de Europa, en virtud del desacuerdo y diferentes miras que tienen sobre este punto, han convenido hasta lo presente de un modo tácito ó ex-

preso en la no intervencion. La revolucion vá, pues, caminando y nadie acierta á predecir su paradero y término. Europa toda asiste á ella, como á un espectáculo, ora censurando, ora aplaudiendo, pero sin consentir que nadie dé auxilio á los actores, á no ser con cierto recato y tal vez con la idea de hacer más lucida la funcion. Así es que, si por una parte se envian dineros y armas á Garibaldi y hasta se sospecha que se protege indirectamente su desembarco en Sicilia, por otra se envian armas y dineros al gobierno de Roma, y se le permite el alistamiento de voluntarios irlandeses, alemanes, franceses y suizos, para que peleen contra italianos.

Este reposo con que miran los gobiernos de Europa la revolucion italiana, se explica ó se disculpa. La revolucion no se ha manchado hasta ahora con grandes crímenes, venganzas, robos y muertes, por más que los periódicos absolutistas declamen y la acusen á menudo vagamente, y por más que los desórdenes sean propios é inevitables en época de trastornos y guerras civiles, en las cuales no es posible impedir que tomen parte la gente foragida y desmandada, más audaz y dispuesta para la acción, que los hombres de bien por lo comun mansos y pacíficos. Aun así, no creemos que pueda citarse, entre los hechos reprobables de los revolucionarios, algo de tan inútil crueldad como el bombardeo de Palermo, ni algo de tanto desorden é inmotivado derramamiento de sangre humana como el reciente motin de la guardia real en Nápoles gritando *abajo la Constitucion*.

Crímenes se han cometido en Italia por alguien que sirve la causa de la revolucion, y crímenes que deben reprobarse altamente; pero no crímenes que basten á condenar la revolucion en cuyo nombre se han cometido. En Italia y fuera de Italia, en la edad presente y en las pasadas edades; apenas hubo jamás revolucion, contra-revolucion ó reaccion, más exenta de crímenes que esta que hoy en Italia se vá llevando á cabo.

La gran cuestion entre los acusadores y los defensores de la revolucion italiana no está, por consiguiente, en los hechos, sino en los principios, los cuales tienen más importancia y trascendencia que los hechos, y así pueden ser legítimos, inocentes y saludables, como viciosos y dañinos. Claro está que estos principios que se discuten y sobre los cuales los enemigos de la revolucion italiana dictan sentencia condenatoria, y la de absolucion los amigos, no son el principio fundamental. Sobre este no cabe discusion de buena fé. La union y la independenciam de la pátria comun podrá ser una ilusion irrealizable, engañosa y fecunda en amarguísimos y ásperos desengaños; pero nadie se atreverá á negar que es noble y generosa. El principio, cuya bondad se discute no es este, sino aquellos que se están aplicando á la realizacion de la unidad y de la independenciam deseada.

Hay tambien que distinguir entre los principios que paladinamente proclaman los revolucionarios, y los manejos é intrigas de que se valen, con más ó ménos disimulo, para lograr sus intentos. No ne-

gamos, ni disculpamos los malos medios, aunque se ordenen á un buen fin; pero el emplearlos nos parece frecuente y lastimoso achaque de la humana naturaleza. Si adolecen de él los revolucionarios italianos, los que allí defienden el régimen antiguo están aun más plagados del mismo mal, siendo su peor síntoma la impía mezcla que hacen de lo divino y de lo humano, y la ceguedad ó la descarada osadía con que identifican su mala y casi perdida causa, con la de nuestra santa y verdadera religion, la cual ha de salir siempre triunfante, á pesar de ellos y de su aparente y nociva alianza.

De lo primero que acusan estos al Piamonte es de la anexion de los Ducados y de la Emilia, la cual anexion suponen que es contra todo derecho. Ojalá se pudiesen formular razonablemente acusaciones semejantes; porque sería prueba de que habia, en efecto, en Europa, un derecho constituido, reconocido de todos y fundado en la eterna justicia, derecho que fuese un crimen espantoso infringir y que asegurase la paz perpétua, mejor que el equilibrio europeo, cuyo sostenimiento ha hecho verter más sangre que se hubiera vertido sin equilibrio alguno, y mejor que la preponderancia de dos ó tres naciones, que si están de acuerdo, tiranizan y humillan á las otras, y si no lo están, se combaten encarnizadamente, envolviendo en la contienda al mundo todo. Pero ¿dónde está ese derecho respetado y digno de serlo? ¿Está en los tratados de Viena? ¿A cuántas cosas de las que allí se trataron no se ha faltado ya? Basta citar la separacion

de Bélgica del reino de los Países-Bajos. En aquellos tratados, por otra parte, ni se atendió á la justicia, ni se pensó en hacer una obra duradera, sino una obra de circunstancias, una obra, como dijo el mismo príncipe de Talleyrand, de la reaccion contra la revolucion, de las dinastías llamadas entonces exclusivamente legítimas, contra las dinastías revolucionarias ó napoleónicas. Los soberanos legítimos debian, *ex jure postliminii*, volver á ocupar sus tronos, y volver en este sentido las cosas todas á su antiguo estado; pero aun así, tal vez Joaquin Murat hubiera conservado el trono de Nápoles, á pesar de la casa de Borbon, si no hubiese sido una especie de Ajax Telemonio, más terrible y duro para combatir, que agudo y listo para las intrigas diplomáticas y políticas. Mientras tanto, donde no hubo dinastía legítima que reclamase, el antiguo régimen no volvió á restablecerse, aunque los pueblos hubiesen sido notablemente perjudicados, ó por las dinastías revolucionarias, ó por otras. Así es, que Venecia no volvió á ser república, ni Polonia monarquía. Mas para convencerse por completo de que ni siquiera se observó el principio, que al fin, aunque absurdo, es un principio, de devolver á cada dinastía sus antiguas posesiones, considerando á los pueblos como un patrimonio ó heredad de los soberanos, citaremos por ejemplo, entre no pocos que pudieran citarse, el que viene aquí más á proposito, el del Padre Santo, á quien despojó el Congreso de Viena, á pesar de la protesta del Cardenal Consalvi, de todo el territorio ferrarés, al Norte del Pó, y de Aviñon y

del Condado venaisino, dando el Austria el derecho, contrario á la independencia y soberanía de los Estados Pontificios, de guarnecer á Commachio y á Ferrara. *Pour que la révolution finisse*, habia dicho el ya citado Príncipe de Talleyrand, *il faut que le prince de la légitimité triomphe sans restriction*: pero como ese principio no ha triunfado sin restriccion, no es extraño que la revolucion continúe; no es extraño que los pueblos de Italia se dén á un soberano, italiano de pensamiento, cuando no de origen, con el mismo derecho con que han sido dados ó vendidos, en otras épocas, á otros soberanos ménos nacionales.

Surge, sin embargo, de estas anexionés una cuestion, que muchos pretenden que sea religiosa, y no meramente política; la del poder temporal del Papa. Sobre ella, desde que se publicó el folleto titulado *Le Pape et le Congrès*, debido, segun todos los indicios, á la inspiracion de un augusto personaje, han aparecido en Francia, en Italia y hasta en España, ora en favor, ora en contra del folleto susodicho, otra infinidad de ellos y no menor número de artículos de periódico y de cartas pastorales, logrando entre ellos ruidosa celebridad los de Monseñor Dupanloup, por la poca ó ninguna caridad cristiana con que trata á todos los que no piensan como él, sin perdonar á sus predecesores, y los de Villemain y Lacordaire, por lamericida y altísima reputacion literaria de que ambos gozan.

En todos estos escritos se ha discutido extensamente sobre el origen y legitimidad del poder tem-

poral, y á ellos remitimos á nuestros lectores. Al hablar de esto, no haríamos sino repetir lo que tantos han dicho ya. Solo diremos, en resúmen, que el poder temporal, ora se funde en donaciones falsas ó verdaderas, como las de Constantino y la princesa Matilde, ora en rapiñas inicuas, como las de César Borgia, ora en conquistas benéficas, como las del Cardenal de Albornoz, cuyas hazañas habrán leído los suscritores á este periódico en los eruditos artículos del Sr. Cánovas, es una soberanía *profana*, como todas las demás que hay en el mundo. No se puede sostener tampoco que esta soberanía es indispensable á la salud del catolicismo, porque ofenderíamos á una religion eterna, y contra la cual no prevalecerán las puertas del infierno, si supusiésemos que el vasallaje de tres millones de hombres, y la posesion de un poco de terreno, eran la garantía de su duracion y de su independencia. Sostendremos, con todo, que es decoroso y conveniente que el Padre Santo sea soberano, esto es, que no viva en país gobernado por otro poder que el suyo. Más, para esto, le basta al Sumo Pontífice la ciudad de Roma; y es de poco provecho, y corta gloria puede traer á la religion, el que conserve ó recupere el Papa ciudades, tierras y súbditos, que no le hacen más independiente porque no le defienden, sino que le obligan á buscar contra ellos proteccion y defensa, ya en un ejército austriaco, ya en un ejército francés, ya en un ejército de aventureros advenedizos.

No deseamos por esto que violentamente se le arranque al Sumo Pontífice otra porcion de sus Estados, ni

ménos que pierda el Rey de Nápoles los que le quedan en la Península. Sólo deseamos que estos príncipes entren de buena voluntad en la via de las reformas y en la alianza con el Piamonte, y que el Piamonte cese de proteger á Garibaldi en su atrevida y prematura empresa de la total union de Italia. Porque si el Papa y el Rey de Nápoles siguen, por una parte, siendo favorables á los austriacos y contrarios á la idea italiana, nunca será posible la obra de la regeneracion, teniendo en casa al enemigo más acérrimo: y, por otra parte, si el deseo de ver á Italia libre y unida no se refrena con la prudencia, harto bien se puede conjeturar y temer que se malogre: el Papa podria huirse de Roma, como la vez pasada, sublevando de nuevo contra su nacion la ira de muchos Estados católicos, y si esto no sucediese, y sí que Garibaldi, terminada felizmente su empresa, dilatase sin interrupcion los dominios de Victor Manuel, desde el Etna hasta los Alpes, ni este soberano, ni el heróico guerrillero, podrian ya atajar la corriente revolucionaria; y arrastrados por ella irian á chocar contra los austriacos, y quizás á perderse, como en las campañas de 1848 y 1849, ó más miserablemente todavía.

Apesar de nuestro amor á Italia, maestra de las gentes, madre fecundísima de grandes capitanes, sábios poetas y artistas, cuna de las artes, y hermoso trono desde donde dictan sus leyes, y son la admiracion del orbe, no desconocemos que el pueblo italiano, carece aún de union y de decision bastantes, para luchar con el Austria, y sacudir por sí sólo el yugo de la tiranía.

Verdad es que la organizacion militar de toda la Península pudiera lograr esta victoria: más para ello se necesita tiempo, y la revolucion quizás no le dé, y quizás apele de nuevo á Francia, mostrando su debilidad y exponiéndose á un desden, ó á cambiar de yugo al querer quitársele de encima. Francia, que no ayudó de balde la vez primera, ayudaria ménos la segunda. La sangre de un pueblo y sus tesoros no se prodigan por mera filantropía y por una gloria estéril.

No son, por último, los hasta aquí enumerados los únicos peligros que amenazan la revolucion de Italia y los únicos obstáculos que se oponen á la unidad é independencia de esta nacion. Fuerza es vencer asimismo la interior discordia, que puede desarrollarse más vigorosa que nunca en el seno de la revolucion triunfante, ora por los celos de unas provincias con otras, ora por el nunca muerto espíritu municipal y por el renaciente recuerdo de los antiguas, gloriosas é independientes repúblicas, ora por los manejos y aspiraciones de Mazzini y de sus secuaces.

Tan ingentes dificultades son estas, que no creemos que se superen, y recelamos que tambien esta vez tengan deplorable término las halagüeñas ilusiones de los italianos. Si no sucediese así, y se realizasen, el éxito legitimaria la gloria de Victor Manuel: hasta sus más declarados enemigos le llamarian gran príncipe: hasta los que ahora llaman á Garibaldi capitán de bandidos le llamarian entonces general ilustre, insigne patriota y hombre de los más extraordinarios del presente siglo. Mas, para esto no basta el valor, no bastan



el entusiasmo y la constancia que ambos tienen ; menester es , además , una maravillosa prudencia , con la fortuna y con el favor de los cielos.

*Causa jubei melior superos sperare secundos.*

(Crónica de Arbos Mundos.)

SOBRE EL LIBRO TITUDADO ,

EL PAPA Y LOS GOBIERNOS POPULARES,

POR D. MIGUEL SANCHEZ, PRESBITERO.

I.

El autor del libro, cuyo título va en el epígrafe, ha sido no pocas veces altamente encomiado en nuestro periódico. Los absolutistas han creído ó supuesto creer, ya que nuestros encomios provenían de que el Sr. Sanchez se había hecho liberal, ya de que nosotros queríamos lisonjear su amor propio para que se viniese á nuestro partido. No recordamos bien si fué *La Regeneracion* ó si fué *La Esperanza* la que, con este motivo, nos hizo la extraña honra de apellidarnos sirenas, y la no menos extraña ofensa de suponernos antropófagos y de atribuirnos la endiablada intención de devorar á un clérigo; *bocado de regalo*, según el mencionado periódico.

Nosotros por dicha, *ni hemos soñado jamás en que el Señor Sanchez se hubiese convertido al liberalismo*, ni mucho ménos hemos tratado de seducirle y devorarle.